

Crítica del artículo “*Maestros sin autoridad*” de Juan Manuel de Prada.

Federico Gerona Plá

No creo que los pedagogos actuales hayan desprestigiado la palabra autoridad, parecería que es el autor el que confunde autoridad con autoritarismo. Nadie en su sano juicio entiende como peyorativa la frase: “Fulanita es una **autoridad** en la materia”, entenderemos en cambio que, a base de estudiar, ganar experiencia y dedicar su tiempo, Fulanita se ha ganado el respeto de la sociedad y se ha convertido en una autoridad en su campo.

En el ámbito al que se refiere el artículo, el de la educación escolar, estoy seguro de que hemos avanzado bastante, cada vez hay menos profesores autoritarios en las aulas y la autoridad no viene impuesta por el miedo al castigo físico o moral del estudiante díscolo sino que los maestros y maestras se ganan el respeto de su alumnado a base de demostrar que son autoridades en la materia y que pueden aprender y crecer mucho participando de las aulas.

Efectivamente se encuentran en nuestra sociedad actual maestros y maestras desalentadas, pero dudo que la razón sea un uso peyorativo de la palabra autoridad, me inclino, antes bien, a pensar que les ocurre como a muchos otros trabajadores y trabajadoras de nuestro tiempo que no consiguen llevar una vida plena con jornadas laborales extenuantes que no dejan tiempo para el ocio, el disfrute de la familia y las amistades y de otros placeres de la vida a los que, conscientes o no, hemos renunciado en aras de una “fe” cuasirreligiosa que nos invita a esforzarnos en vida y renunciar a los “pecados” terrenales bajo la promesa de una vida posterior de dicha y riqueza... El problema, como ven, es mucho más profundo que un simple “los adolescentes de hoy en día no se callan cuando lo ordeno”.

Sobre lo de que nuestra sociedad pretende alumnos siendo maestros de sí mismos, ojalá fuese así, personas autodidactas que se apoyan en las autoridades competentes para crecer, que juzgan sus realidades según sus propios juicios y no según los juicios de personas investidas de una autoridad ficticia. La sociedad actual pretende (o debería pretender) maestros que animen a sus discípulos a buscar sus propias respuestas. Este horizonte no los convierte, ni mucho menos, en maestros irrelevantes, ¡todo lo contrario!, serán partícipes de la construcción de personas críticas y libres que cuestionen la realidad impuesta. Este tipo de personas críticas y cuestionadoras no interesa al mercado laboral que nos quiere devotos de la fe de la que hablaba en el párrafo anterior porque es consciente que, como cualquier religión, sin fieles devotos se desmoronaría como un castillo de naipes.

Creo, en definitiva, en una sociedad donde la autoridad sea tan frágil que todos y todas la cuestionemos continuamente y tan fuerte que no necesite del miedo para imponerse. Estoy seguro que así, todos siendo al mismo tiempo maestro y discípulo, crearemos una sociedad más justa, más fraterna, más igualitaria y con menos autoritarismos impuestos artificialmente por el poder.